

L ARTE
DE VER

LA OBRA
FOTOGRAFICA
DE ENRIQUE
BOSTELMANN

Vivimos en mundos tan sombríos que la gran revelación es la vida misma. Dentro de nuestra apabullante rutina, nada tan "fantasmagórico como la realidad", según decía Sherlock Holmes. La gran revelación nos mostraría lo que hemos tenido siempre frente a los ojos. Algo parecido a lo que cuenta George Russell: "Estaba sentado en la playa escuchando a medias a un amigo que argumentaba con pasión acerca de algo que simplemente me aburría. Inconscientemente, contemplé un poco de arena que había tomado en mi mano y, de pronto, advertí la exquisita belleza que había en cada uno de aquellos granos. Cada partícula se atenía a un perfecto patrón geométrico, con ángulos agudos, en cada uno de los cuales se reflejaba un brillante haz de luz, mientras que cada diminuto cristal brillaba como un arco iris. . . Comprendí que todo el universo estaba hecho de partículas de material que, por muy insulsas que pudieran parecer, estaban llenas de vida y belleza. Durante un par de segundos, todo el mundo se me manifestó como una gloriosa llamarada". Huxley compara esa "revelación" de Russell a las que se tienen bajo los efectos de la mezcalina, cuando el mero detalle de un objeto cualquiera —el tejido de una tela, la veta de la madera—. . . adquiere un nuevo significado: "cosas sin pretensiones, satisfechas de ser meramente ellas mismas, contentas de su identidad, no dedicadas a representar un papel".

Pero es inevitable: después de esas revelaciones momentáneas (cuando se tienen) y después de los efectos de la mezcalina, todo vuelve a "representar un papel" y el mundo no es el mundo sino el catálogo del mundo con sus etiquetas y clasificaciones, una rosa ya no es una rosa que es una rosa (como quería Gertrude Stein) sino un mero adorno. Lo "normal", lo de todos los días, es que atendamos sólo lo que nos interesa, que despreciemos lo que no nos presta un beneficio: elegimos, con la mirada, un mundo a la medida de nuestros deseos. Y, como éstos, ese mundo carece de brillo, de verdadera vida interior.





Si todo está ya etiquetado y clasificado (nos educan para leer ese catálogo) sólo volviendo a nombrar las cosas es posible aprehenderlas, recuperarlas. Pero para nombrarlas de nuevo es preciso antes mirarlas de nuevo. Si las palabras se han gastado hasta perder todo significado es porque nuestros ojos se han posado en los objetos sin poseerlos verdaderamente. Cuando se mira "con todos los ojos del cuerpo y el alma", como aconsejan los budistas (la palabra Buda podría traducirse como "el alerta"), hacen falta nuevas palabras para describir lo que vemos. El arte persigue ese objetivo: descorrer el velo, despertarnos, ofrecernos la posibilidad de habitar plenamente el mundo.

Ante la obra fotográfica de Enrique Bostelmann se tiene la sensación de haber entrado en un ámbito desconocido hasta entonces —deslumbrante y doloroso a la vez— y que sin embargo hemos tenido siempre a nuestro lado, dentro y fuera de nosotros mismos. Bostelmann apresa esa "realidad fantasmagórica" que nos agita desesperada las manos y hace muecas ante nuestra indiferencia. No hay necesidad de alterar "los hechos como sucedieron" (para decirlo en un tono que nos mantenga cerca

de Conan Doyle). Es, solamente, una cámara, una lupa, un ojo que se abre a cuanto viene de fuera. Eso que da sentido al comentario de Freud cuando leyó un texto de escritura automática de los surrealistas: "Hay más fantasmas, más elementos inconscientes, en una novela de Zola", dijo. Imposible fabricarlos. Imposible, también, cerrarles la puerta: la escritura automática y el realismo socialista tienen poco que ver con los fantasmas de la realidad. Por el contrario, cada fotografía de Bostelmann es como un espejo de Alicia por el cual puede uno lanzarse de cabeza.

Ahí están los fantasmas (para quien quiera verlos, claro) en la fotografía del niño que nos observa (él a nosotros), nos reclama, nos llama, nos repudia, mientras carga en sus brazos a un niño más pequeño; ahí están los fantasmas en las ramas de un árbol que se extienden como manos encochadas hacia lo alto; o en la pareja de indios que sube una cuesta, y que es más bien como una sombra de la tierra misma; o están, simplemente, en un grupo de cadenas o en el fragmento de una puerta de madera, y hasta en la veta de esa misma madera. Como en "Las babas del diablo" de Cortázar, para quien quiera entrar en

ella, habitarla, cada fotografía es un universo en movimiento, con sus sistemas de rotación y sus leyes físicas particulares. Y adentro de él puede suceder cualquier cosa.

Bostelmann no retrata facciones ni objetos ni paisajes: retrata la alegría, el dolor, la soledad, la injusticia. Los estados de ánimo de las cosas. Por eso dentro de su cámara una rosa vuelve a ser una rosa que es una rosa. Y por eso los ojos de un niño indígena encierran la protesta de siglos de todos los de su raza. Al retratar a los que (y a lo que) no tienen voz para quejarse, Bostelmann retrata lo que duerme un sueño de pesadillas en el fondo de nuestras conciencias, lo que acallamos con ese mundo de adornos y de falsos deseos: el brillo, el dolor, la alegría y la tristeza de la verdadera vida. Los mismos elementos se encuentran en la expresión de unos ojos que en el fragmento de un objeto: todo se vuelve sensible al lente de su cámara. Y la conclusión que se trasluce a través de cualquiera de sus fotografías es angustiante: a pesar de su reclamo, del olvido en que los tenemos (o, precisamente, gracias a ello) viven más esos seres y esos objetos que retrata que nosotros que los miramos y los analizamos desde nuestra frialdad.